

Francisco Marín

EL ÚLTIMO CASO



Contenido

EL ÚLTIMO CASO

Derechos de autor

Dedicatoria

Cita

1. Tropezar con la misma piedra

2. Llamada inesperada

3. Irina

4. Actitud sospechosa

5. En el despacho de Ballesteros

6. El desenlace

7. Las elucubraciones del detective

8. La reaparición

9. Crónica de un secuestro

10. En el juzgado

11. Una visita al club Chic

12. El primo

13. Amistades peligrosas

14. Charla entre amigos

15. El sargento Riera

16. Conversando con Irina

17. Toni y María

18. Cherchez la femme

19. Despejando una incógnita.

20. El sobrino díscolo

21. Una extraña sensación

22. Una visita inesperada

23. Los restos del naufragio

24. El incidente

25. Brindando

26. Un viejo conocido

- [27. Un encuentro casual](#)
- [28. Con la Benemérita](#)
- [29. Secretos](#)
- [30. El clan Kalashovskaya](#)
- [31. Sospechas](#)
- [32. En busca del pasado](#)
- [33. Secretos de familia](#)
- [34. La estrategia del abogado](#)
- [35. Vanya](#)
- [36. En el tribunal](#)
- [37. En la boca del lobo](#)
- [38. Julia](#)
- [39. Buscad el dinero](#)
- [40. La historia de Irina](#)
- [41. El tiro por la culata](#)
- [42. La declaración](#)
- [43. Una cerveza en Vara de Rey](#)
- [44. En el centro penitenciario](#)
- [45. De nuevo en la calle Aragón](#)
- [46. El incendio](#)
- [47. La explicación del detective](#)
- [48. Un cambio de aires](#)
- [49. Cuatro meses después](#)
- [Nota del autor](#)
- [AGRADECIMIENTOS](#)

EL ÚLTIMO CASO

Francisco Marín

© Francisco Marín, 2019
pacomarin44@gmail.com

Corrección del texto: Uxue Montero. www.lupacor.com

Derechos imagen de cubierta: Nikita Petrov/123RF.com

A mis hermanas: Pilar, Carolina, Patricia y Bárbara.

El amor es el único crimen que necesita un cómplice.

Charles Baudelaire

1. Tropezar con la misma piedra

Paco Marín se sentó frente al escritorio, situado en un rincón del amplio salón, encendió el ordenador y abrió su cuenta de correo electrónico. Esperó unos segundos a que se cargara la pantalla. En la bandeja de entrada vio un correo remitido por el editor de Ediciones Jetasa.

Paco había escrito una novela basada en unos asesinatos cometidos en Ibiza en el año 2012 y en cuya resolución había desempeñado un papel destacado Raúl Ballesteros, un amigo de la infancia que ejercía de abogado. Una vez concluido y revisado el manuscrito, que tituló *El caso Demichellis*, lo envió a una editorial modesta, que se anunciaba en internet como «la voz de las nuevas promesas».

Abrió el correo y lo leyó: *Buenos días, Francisco: Mis compañeros me enviaron tu novela y la he estado leyendo estos días. Creo que es un buen libro de suspense. Adjunto en archivo mi valoración literaria y en otro tu Word con algunas erratas que es importante que arregles de cara a la edición.*

Enhorabuena por tu trabajo.

Un cordial saludo.

J.R., editor.

Paco pensó que les había gustado la novela. Se levantó, fue a la cocina a por una cerveza y salió al porche de su casa de campo. Estaba rodeado de una valla de madera cubierta de madreselva por un lado y de buganvilla por otro, lo que le proporcionaba sombra y frescor, apreciados en aquella época del año en la que comenzaba el verano y el

sol castigaba implacable la isla de Ibiza y a todo ser vivo que habitara en ella. Se sentó en una silla de mimbre y encendió un cigarrillo.

Repasó mentalmente el correo recibido. El editor le decía que era importante que arreglase erratas de cara a la publicación. ¿Querían publicar su novela? Recordó que le enviaba un archivo con la valoración literaria. Apagó el cigarrillo al que solo había dado una calada y entró de nuevo en la habitación en la que tenía el ordenador, una especie de salón-estudio-biblioteca que él mismo había diseñado. Cualquier decorador de interiores, en especial un valedor del estilo minimalista, habría puesto el grito en el cielo al ver aquella estancia con estanterías colocadas sobre las paredes sin orden ni concierto y el mobiliario dispuesto a su antojo. Paco había buscado su comodidad sin importarle la estética. Había distribuido las estanterías según sus necesidades y colocado los muebles de forma caprichosa, en el lugar que le hacían sentir cómodo. El escritorio en un rincón, su sillón de lectura bajo un amplio ventanal y al fondo un sofá frente a una gran pantalla de televisión que apenas utilizaba.

Abrió nuevamente el correo e hizo un doble clic sobre el archivo que contenía la valoración literaria. Unos segundos después apareció el documento en la pantalla y comenzó a leer con creciente interés. Era una crítica apreciativa y halagüeña y resultaba palmaria la intención de la editorial de publicar la novela. Apenas se lo podía creer.

El jueves 22 de septiembre de 2016 tuvo lugar la presentación de *El caso Demichellis* en el Club Diario de Ibiza. El salón de actos estaba abarrotado de público. Las butacas formaban semicírculos que iban acercándose al escenario en una ligera pendiente, para que las personas situadas en las filas posteriores tuvieran visibilidad. Al fondo se hallaba Paco, sentado detrás de una mesa colocada sobre una tarima de madera. A su derecha se situaba Eva, su ami-

ga abogada y escritora encargada de presentar la novela quien, con un breve y emotivo discurso, encandiló a la numerosa concurrencia. Luego cedió la palabra al autor, que hizo un sucinto resumen de la génesis de la novela y dijo que se trataba de la culminación de una vida de lector. Tras los aplausos de rigor, los asistentes abandonaron sus asientos en torno al escenario y salieron al vestíbulo donde había dos grandes mesas con botellas de vino y cava y algunas bandejas con canapés variados.

Paco ocupó una mesa en el fondo de la amplia sala y comenzó a firmar libros. Habían asistido casi todos los amigos y conocidos a quienes había avisado de la celebración del evento y pronto se formó una larga cola de gente que esperaba la firma de su ejemplar recién adquirido.

Entre la concurrencia se hallaban Yolanda, la ex de Ballesteros, y su hija Julieta, quienes aparecían en la novela. Zarco, el detective protagonista, fiel a su carácter retraído, rehuía las reuniones sociales y no acudió.

Paco escribía dedicatorias y firmaba ejemplares a la velocidad que su simétrica caligrafía en letras mayúsculas le permitía. Solía repetir la fórmula con alguna variante: *Para fulanito, agradeciendo su presencia y esperando que disfrute de la novela. Con mi afecto.* Si le unía una mayor amistad a alguno de los concurrentes, introducía un giro personalizado. Llevaba una hora consecutiva firmando libros y cruzando breves frases con quienes acudían buscando una dedicatoria. A pesar de lo repetitivo del acto, la alegría y la excitación de ese momento único en su vida impedían que se sintiera cansado. Mientras escribía una nueva frase en uno de los ejemplares, notó de refilón una presencia femenina que le llamó la atención. Levantó la vista de soslayo y el corazón le dio un vuelco al descubrir a Tanya, su último gran amor, quien también aparecía en las páginas de *El caso Demichellis*. Ella se acercó con su libro. Paco se levantó y se besaron en la mejilla. Comprobó que no quedaba más gente en busca de firma.

—Vaya sorpresa, no me avisaste de que ibas a venir.

—Ahí está el quid de las sorpresas, en no avisar. Lo cierto es que hasta el último momento no sabía si podría acudir.

Él había fantaseado muchas veces con un reencuentro sexual con Tanya. Aunque, cercana la fecha en la que cumpliría los cincuenta, notaba que los apremios de su libido habían disminuido de forma ostensible, el recuerdo de Tanya lo excitaba sobremanera. No solo tenía un cuerpo voluptuoso y un atractivo evidente, lo que realmente encendía la sensualidad de Paco era la forma de abandonarse Tanya al mínimo roce. Una ligera caricia en su piel desataba un concierto de gemidos que iba *in crescendo* a medida que los dedos o la boca de él se acercaban a sus zonas erógenas. Ella caía en trance, dejándose llevar por la espiral del placer y contagiaba su estado a Paco y ambos se sumían en una vorágine erótica. Él no había sentido nunca esa empatía sexual y su recuerdo aún despertaba su deseo.

—Bueno, eres la última —dijo Paco mientras abría el libro por la tercera página, en la que aparecía el título y el nombre del autor, para escribir debajo la dedicatoria—. Llevo más de una hora firmando.

—¡No te quejarás! Ha venido un montón de gente. Estaba lleno el salón de actos.

—Sí. La verdad es que estoy muy contento. Yo avisé a todos mis amigos y conocidos, pero siempre falla alguien. El que no tiene que trabajar tiene niños pequeños u otros compromisos. Por suerte, parece que todo el mundo ha podido hacer un hueco para venir. Incluso algunos espontáneos que me han comentado que han leído la noticia en el Diario y les ha llamado la atención una novela policiaca ambientada en Ibiza.

Comenzó a escribir la dedicatoria: *Para Tanya, en recuerdo de los muchos momentos felices que compartimos...* Levantó la vista y preguntó:

—¿Ha venido Raquel?

—No. Se ha quedado en Madrid, tenía un asunto importante de trabajo para mañana a primera hora.

—Vaya, dale recuerdos cuando vuelvas. ¿Hasta cuándo te quedarás en Ibiza? —se interesó Paco.

—Como hace más de tres años que no vengo por aquí, voy a aprovechar para ver a algunas amigas que hace tiempo que no veo. Me quedaré tres días, hasta el domingo.

—¿Dónde te alojas? ¿En casa de alguna amiga?

—No. No quería molestar a nadie y reservé habitación en el hotel Los Molinos. Es céntrico y su terraza con la piscina prácticamente sobre el mar me encanta.

Paco no le ofreció su casa para quedarse, pensó que sonaría a insinuación. Acabó la dedicatoria, firmó y entregó el libro a la joven.

—¿Tienes algún plan para cenar?

—Esperaba que me invitaras —respondió Tanya. Y sin aguardar respuesta, añadió—: Voy un segundo al cuarto de baño.

En el vestíbulo del Diario de Ibiza aún quedaba una docena de personas, entre ellos Raúl Ballesteros. El resto de la nutrida concurrencia había abandonado el lugar. Paco se acercó a su amigo y se sirvió una copa de cava.

—Bueno, como dice el refrán: «El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra» —dijo Raúl sonriendo.

—La verdad es que esta es una piedra con la que no me importaría tropezar por segunda vez.

2. Llamada inesperada

Paco se despertó de un profundo sueño y, en un primer momento, mientras salía del mundo onírico y se incorporaba al de la vigilia, le resultó extraño el lugar en el que se hallaba. Tras un rápido reconocimiento recordó que estaba en una habitación del hotel Los Molinos.

Había ido con Tanya a cenar al Cosmopolit, el restaurante situado enfrente del hotel, al otro lado de la estrecha carretera. Después de la cena subieron a la habitación que había reservado Tanya e hicieron el amor con la misma intensidad y desenfreno que él recordaba; incluso había sido mejor que nunca, quizá debido a la consciencia de lo efímero del momento, a la idea de que no se repetiría o tendría que esperar otros tres años para que sucediera.

Paco entró en el baño y comprobó que Tanya no estaba allí. Sobre el escritorio, bajo un gran espejo, vio una nota en un papel con el membrete del hotel. *Buenos días, guapo. Estabas profundamente dormido y no he querido despertarte. Posiblemente vaya a comer con Irina. Hablamos por la tarde. Besos.*

Tanya llegó puntual a su cita con Irina en la cafetería del hotel Montesol. Al llegar al paseo de Vara de Rey se dio cuenta de los cambios realizados en Ibiza durante sus tres años de ausencia. Habían eliminado los dos carriles para la circulación de vehículos a motor que rodeaban el paseo y lo habían convertido en un amplio espacio peatonal. El hotel Montesol, aunque conservaba la fachada original, tam-

bién había sido remodelado completamente en su interior para convertirlo en un hotel de lujo adaptado a los tiempos actuales. Tanya entró en la cafetería, ocupó una mesa junto a uno de los ventanales que daba al paseo y pidió un té Chai. Se sentía contenta y relajada a la vez que animada, era un estado de grata satisfacción que siempre le sobrevinía después de un buen encuentro sexual. Y el de la noche anterior lo había sido. Le gustaba Paco, le parecía una persona inteligente y sencilla. Había estado enamorada de él y quién sabe lo que les habría deparado la vida si no hubiera aparecido Raquel. Ciertamente que entre ella y Paco existía una gran diferencia de edad, pero Tanya nunca lo vio un impedimento. Pensaba que habría sido un buen padre si hubieran engendrado un hijo. Por eso se sentía culpable de estar utilizándolo.

Al cabo de un rato, conectó su móvil y miró la hora reflejada en la pantalla: 9:19. Irina se retrasaba demasiado. Habían quedado a las nueve y ya pasaban veinte minutos. Le envió un wasap. Unos minutos después volvió a mirar su móvil para verificar que Irina hubiera recibido el mensaje y constató que no le había sido entregado, así que optó por llamarla. Seleccionó el contacto y pulsó el botón de llamada. Un contestador automático le informó de que el teléfono al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura en ese momento y que podía dejar un mensaje en el buzón de voz.

Irina siempre había sido puntual, por lo que el inicial desconcierto de Tanya por su tardanza se fue transformando en recelo y después en preocupación al no contestar a su llamada. Decidió telefonar al marido de Irina, Miguel. Escuchó el pitido intermitente que indicaba que el terminal de Miguel estaba recibiendo su llamada. No descolgó. Pasados unos segundos volvió a marcar el número sin obtener respuesta. El nerviosismo comenzó a apoderarse de ella. Aunque no tenía ninguna base racional para presagiar que Irina hubiera sufrido un accidente u otra desgracia que le

impidiera acudir a la cita, se iban acumulando los detalles que le causaban extrañeza: el retraso de su amiga, máxime teniendo en cuenta que hacía más de tres años que no se veían; el hecho de que no hubiera avisado si iba a llegar tarde o no podía venir; que su teléfono estuviera apagado; y, para completar el cuadro, que su marido tampoco contestara las llamadas.

Buscó el teléfono de Paco entre sus contactos y pulsó el botón de llamada. Él siempre mantenía una actitud ecuánime y racional, parecía no inmutarse por los pequeños problemas cotidianos que agobiaban al resto de los humanos y transmitía a Tanya una sensación de tranquilidad. Quizá pudiera ofrecerle una explicación confortadora.

Paco se sorprendió cuando vio en la pantalla de su móvil que la llamada entrante procedía del teléfono de Tanya. No esperaba que ella le telefonara tan temprano.

—¡Hola! —respondió en tono jovial.

—Hola, Paco. Estoy preocupada. ¿Podemos quedar en algún sitio? —Tanya hablaba de forma atropellada—. Resulta que Irina no ha aparecido ni me ha avisado de que no vendría. Su móvil está apagado y su marido tampoco me contesta.

—Si quieres puedo llamar a Miguel...

—Ya lo he intentado y no coge el teléfono —respondió con voz nerviosa.

—¿Qué te parece si te recojo y pasamos por su casa? Podría ocurrir que Irina hubiera tenido un imprevisto y que no te haya avisado por tener el móvil sin batería.

—Me parece bien. Ahora estoy en el Montesol. Si quieres te espero al principio de Vara de Rey, en la parte que da a Ignacio Wallis.

Mientras caminaba hacia el lugar en el que se habían citado, Tanya pensaba que el intento de Paco por calmarla no había tenido éxito. Cierto que a Irina se le podía haber agotado la batería del teléfono, pero esto no le habría impedido acudir al lugar de la cita y, en caso de imposibili-